

El descendiente de la oscuridad

Nancy Kilpatrick

Traducción:  
Isabel Blanco González



## Soy sangre

Hay un hombre, lo veo  
La muerte sonrío tras su rostro  
Me seduce con vino  
¿Soy yo tan estúpida, tan sentimental?  
¿Arriesgaré mi alma por sus caricias?  
¿Por qué no te alejas, tentación?  
Encarna mis más ocultos deseos  
Ciega, seguiría viendo tus llamas  
Hay un hombre, lo veo  
La muerte se esconde tras su sombrero  
Me seduce con sonrisas  
Y mi corazón es su cómplice  
¿Por qué no late tan fuerte cuando tengo miedo?  
¿Cuánto tardaré en llegar a su lado?  
Hay un hombre, lo veo  
Él estrecha a la Muerte en sus brazos  
Mi corazón sangra en las palmas de sus manos  
Estoy desecha, rota  
¿Y qué ocurriría si él me besara?  
Si él me besa...

Fabrice Dulac

Si esta vida no es una verdadera lucha en la que se conquista algo para el universo por toda la eternidad, entonces es que no es más que un juego de representaciones íntimas que podemos abandonar a voluntad. Pero la vivimos como una batalla real.

—William James

## Agradecimientos

Gracias a Claire Lang y Elizabeth Noton por su ayuda en el terreno de la mística. A los incondicionales amigos que leyeron y releieron los primeros borradores de este manuscrito: Mike Kilpatrick, H. L. Lightbown, Peter Reid, Kart Schroeder y Caro Soles. A Marc Cormier, Philippe Laguerre, Darren Price y Michael Radulesco por su información acerca de Burdeos, y particularmente a Jean Lalet por sus retratos y otros detalles sobre esta adorable ciudad. A Ivan Kilpatrick por sus datos sobre Canadá. A Benoit Bisson y Caro Soles por soportar mi desastroso francés.

Me siento eternamente agradecida con las personas que me han dado su amor y su apoyo a lo largo de los años, que han creído en mí y en mi trabajo: Naomi Bennet, Sephera Giron, Bob Hadji, Eric Kauppinen, Mike Kilpatrick, Hugues Leblanc, Michael Rowe, Mandy Slater, Caro Soles, John Went, Mari Anne Werier y especialmente Steve Jones, que siempre ha tenido fe en mí como escritora.

Y por último, aunque no en menor medida, gracias a Robyn y Keith de Mosaic Press, por trabajar conmigo en circunstancias sin duda difíciles. Y a Howard Aster, sin cuya ecléctica editorial este oscuro «Mundo del Poder de la Sangre» jamás habría salido a la luz.

Carol cruzó las piernas y giró despacio la copa entre los dedos de su mano, perfectamente consciente de que era su tercer vino blanco desde la cena. No debía darle tanta importancia, se dijo a sí misma dando otro sorbo. Suspiró. Mejor prestar atención a algo menos tóxico que el vino del lugar.

Volvió a la lectura del *The Philadelphia Inquirer* a la luz de las lámparas de aceite del café, incapaz de leer una palabra. No es que importara; había leído aquel periódico de la semana anterior justo después de embarcar en el avión hacia París y luego otra vez más, durante el vuelo a Burdeos. Pero era un recuerdo de casa. Los sentimientos, unos reconfortantes y otros dolorosos, luchaban en su interior; no podía prestar atención. Bebió otro poco más y trató de olvidar el disgusto que también se había traído del otro lado del océano.

La terraza del pequeño café estaba en Les Allés de Tourny, una de las calles más importantes de la parte antigua de la ciudad de Burdeos, frente al teatro Le Grand Théâtre. Carol contempló detalladamente aquella fachada clásica. El teatro se mencionaba en la guía turística como modelo del viejo Teatro de la Ópera de París. El inmenso pórtico de columnas, coronado por doce estatuas de musas y gracias que representaban los doce meses del año, era impresionante. Incluso resultaba casi mágico, iluminado contra el impenetrable negro del cielo nocturno. Al menos quedaba algo de belleza y de

magia en el mundo, pensó Carol. Aunque no precisamente en el suyo.

Se preguntó si representarían alguna ópera o alguna obra de teatro, y decidió comprobarlo al día siguiente. Quizá *La Traviata*. Sí, aquella en la que una mujer era rechazada y moría de amor. Carol terminó el vino.

—*Pardon, mademoiselle. Vous permettez?*

Levantó la vista. Había un hombre elegantemente vestido de pie, ante su mesa.

—*Je ne parle pas français* —contestó Carol con la única frase completa que sabía en francés.

—Le preguntaba si puedo compartir su mesa.

Manejaba el inglés de un modo impecable, y el tono de voz demostraba seguridad, pero su rostro era lo suficientemente arrogante como para resultar irritante.

Era una molestia. La única razón por la que había viajado hasta un lugar tan alejado de las rutas turísticas habituales era para evitar cualquier encuentro casual.

—Lo siento, preferiría estar sola.

—Lo comprendo —contestó él sin moverse lo más mínimo y sin dejar de observarla, no obstante.

Estaba incómoda, pero siguió leyendo.

—El café está lleno, no quedan mesas.

Carol alzó la vista una vez más. Todas las sillas estaban ocupadas, excepto la que quedaba en su mesa. Entonces dirigió la mirada hacia él.

Seguro que a Rob le habría parecido guapo, pensó. A excepción de los mechones plateados de las sienes, su cabello hacía juego con la chaqueta de cuero a la última moda: negro total. Su tez era pálida. Por un instante, quizá por la oscuridad reinante tras él, Carol tuvo una visión peculiar, una extraña mezcla de imagen en dos dimensiones, superpuesta a la de la realidad. Como en las postales turísticas, en las que dos efigies unen sus rostros y sus manos para la foto. El rasgo más sobresaliente de aquel hombre eran los ojos grises. Parecían de humo, con aquel color inquietante e intenso, a pesar de la escasa luz. Sin duda, aquella combinación de rasgos le habría parecido interesante un año antes.

—Siéntese —accedió Carol al fin, encogiéndose de hombros.

—*Merci*, es usted muy amable.

Carol trató de reanudar la lectura, pero el hecho de que hubiera otra persona en su mesa le hacía sentir que su espacio vital había sido invadido. Tampoco tenía ganas de hablar, así que desvió la vista, dobló el periódico y lo dejó sobre el regazo, y observó la escena típicamente francesa que se desarrollaba ante sus ojos. Todo el mundo parecía conocerse de vista, como ocurre en los pueblos pequeños. Las motocicletas adelantaban a los coches haciendo eses. Muchos conductores eran jóvenes, llevaban chaqueta de cuero y ropa informal, y se gritaban unos a otros. Las aceras bullían de vida: gente con bolsas de papel del supermercado, de las que sobresalían *baguettes* o verdura; hombres y mujeres con maletín de ejecutivo, con bolsas de plástico con la comida; parejas bien agarraditas, vestidas para salir de noche. Resultaba interesante, aunque solo fuera porque, para ella, era una novedad. Pero a esas alturas había oído a otros turistas hablar de Burdeos, y sustituir el nombre *Bordeaux* por la palabra *boredom*.<sup>1</sup> Ella misma había aterrizado allí bastante aburrida. Y sospechaba que no se quedaría mucho tiempo.

—Usted es de los Estados Unidos. La delata el acento.

Carol se giró hacia su molesto acompañante. La miraba fijamente, aunque con una expresión de indiferencia.

—¿Del Medio Oeste, de la Costa Este, o ha vivido en ambos lugares?

—Casi, de Filadelfia.

—Pero no nació allí.

El camarero dejó una enorme copa de vino tinto delante de su inoportuno acompañante, que le tendió un billete de diez francos. Luego él tomó la copa, olió su contenido y volvió a dejarla sobre la mesa.

—Un país interesante. Lo conozco, y me defiende bastante bien en inglés —continuó él, guardándose el cambio—. No tiene la

---

<sup>1</sup> Nota: Juego de palabras entre *Bordeaux* y *boredom*, aburrimiento en inglés.

larga tradición de Francia, por supuesto, pero lo que le falta de historia lo suple con su novedad.

—Es probable —contestó Carol, desviando la vista.

—Me llamo André. ¿Y tú?

Carol lo miró. Él giraba la copa, dando vueltas al vino que, por un instante, desbordó por un lado y goteó. Su rostro reflejaba una elegante mezcla de indiferencia, indolente curiosidad y una pizca de condescendencia.

—Mira, no tengo ganas de conversación. En serio, quiero estar sola.

—Como quieras.

Suponía que se había sentido insultado, pero ese era problema suyo. Desvió la vista una vez más, pero entonces él dijo inmediatamente:

—No vienen muchas mujeres solas a Burdeos en esta época del año, y mucho menos mujeres bellas. Me encantan las mujeres bellas de caderas estrechas, pechos grandes, traseros firmes, cabellos castaños, ojos color zafiro como el cielo de verano...

Carol suspiró, esbozó un gesto antipático, recogió su bolso y se marchó precipitadamente.

Era el mes de abril, pero hacía el suficiente calor como para llevar solo una chaqueta ligera por la noche. Decidió dar un paseo a lo largo del río antes de irse a dormir. No estaba cansada, y quería pensar.

El agua del Garona estaba turbia. Según le habían contado en una visita guiada por la ciudad, se debía a que el agua del deshielo, que ese año había sido abundante, bajaba mezclada con barro desde las montañas del noroeste en dirección al Atlántico. Carol paseó a lo largo del camino empedrado de la orilla izquierda del río. De día, los peatones y los vehículos cargaban el ambiente con una cacofonía de ruidos enervante. De noche, en cambio, la oscuridad se adueñaba de aquellos muelles. La tranquilizaba el chapoteo de las gruesas cuerdas sobre el río, atadas a los bolardos a los que se amarraban los cargueros. La más fina luna nueva destacaba sobre el negro del cielo allá arriba, sobre su cabeza. En aquel lugar había calma, paz; nadie interrumpía sus pensamientos.



Lo cierto era que todo parecía sacado de un melodrama. En ese momento por fin, mirando atrás, Carol comprendía que debía haberse dado cuenta desde el principio de que Rob le sería infiel. Una tras otra habían ido apareciendo las pistas, como las luces en el cine que, poco a poco, se encienden cuando acaba la película: todo el mundo sabe cuándo va a terminar. Y, como suele decirse, ella era la última en enterarse, se dijo Carol, consciente de su propia amargura.

Oyó un ruido y se giró. El camino estaba desierto.

—¡Qué nervios!

Eso era lo que ocurría cuando uno estaba acostumbrado a ir en pareja: le daba miedo la soledad. Pero en el fondo sabía que no era así. Más aún: quería estar sola. A pesar de haber transcurrido todo un año, le seguía dando miedo cualquier compromiso. Por eso se había marchado. Por eso había viajado a un país del que no conocía ni la lengua. Pero, por desolador que resultara un divorcio, la angustiada soledad era peor. No obstante, lo soportaría, se dijo. De día y de noche, hasta que la soledad se convirtiera en una amiga; Carol se negaba a separarse de ese sentimiento, al que consideraba un aliado.

Otra vez oyó el mismo ruido. Era como si alguien diese una patada casualmente a una piedra al andar.

Carol se detuvo y se dio la vuelta. El camino seguía vacío, el muelle estaba tranquilo. Ante ella se abría un pequeño túnel sin iluminar; era el *Pont de Pierre*, un antiguo puente de piedra de cuatro carriles construido en la época de Napoleón. Estaba situado en el centro de la ciudad, uniendo las dos orillas, e impedía a los barcos grandes seguir navegando río arriba.

Carol pensó en la posibilidad de dar la vuelta y dirigirse a la calle principal; podía verla desde allí, pero aún no tenía ganas de enfrentarse al mundo real. Además no había nadie, se repitió en silencio a sí misma. El túnel estaba vacío, podía ver el otro lado. Probablemente se trataría de un simple gato.

El camino se internó más y más en la oscuridad. El sonido de las olas, chocando contra las rocas y las barreras de madera, retumbaba en las paredes del túnel. También se oía el eco de sus tacones sobre la piedra mojada al andar. En

cambio el ruido del tráfico sobre el puente se debilitaba cada vez más.

De pronto oyó un crujido.

—¿Quién anda ahí? —gritó Carol.

De inmediato comprendió que, aunque hubiera alguien, probablemente no la entendería. Carol se volvió. La oscuridad la envolvía y, un poco más adelante, la luz de la luna alumbraba el camino.

Estaba en medio del túnel, tan cerca de un extremo como del otro. Vaciló, pero finalmente dio un paso adelante. Sonó como si alguien la siguiera. Luego se hizo el silencio.

Los latidos de su corazón comenzaron a retumbarle en los oídos. Sentía una especie de presión en los pulmones, y de pronto se dio cuenta de que tenía la espalda y la nuca agarrotadas, y estaba sudando.

Carol dio un segundo paso adelante, pero de nuevo oyó el eco de una pisada casi al unísono con la suya. Se detenía justo unos segundos después de que lo hiciera ella. Entonces echó a correr hacia el final del túnel sin dejar de mirar atrás.

¡Zas! Había chocado contra un objeto sólido, y gritó. Giró la cabeza y vio el rostro del hombre del café.

—¡Tú! —dijo ella, tan enfadada como aterrada, mientras daba un paso atrás y se apartaba de él.

Él no dijo nada, simplemente la observó. Su rostro le pareció más delgado que en el café; parecía como si estuviera hambriento. Y era mucho más alto y corpulento de lo que recordaba. Carol se tranquilizó y añadió:

—¿Quién diablos te crees que eres para seguirme? Voy a tener que llamar a la policía.

Los labios de él se curvaron, esbozando una sonrisa que no tenía nada de divertida. No dijo nada. Furiosa, Carol trató de pasar por delante, clavándole el codo. Él la agarró del brazo.

—¡Suéltame o gritaré! —advirtió ella.

—Adelante, si lo que te gusta es el eco, grita. A mí, desde luego, me encanta. Pero no te engañes, no creas que nadie va a oírte. Y aunque te oyeran, nadie te ayudaría.

Carol se soltó el brazo con un gesto brusco que lanzó el bolso por los aires y al mismo tiempo, trató de darle una patada en la ingle. Él sonrió, esta vez con ojos chispeantes, disfrutando sin duda al verla indefensa y atemorizada. Abrió la boca solo un instante, lo suficiente como para que Carol recordara vagamente haber visto algo extraño en él. Y la cerró sin decir nada. De nuevo Carol se puso tensa y una ola de terror la embargó.

—*Qu'y a-t-il?*—dijo él casi en su oído, con una voz profundamente masculina.

—¡Socorro! ¡Ayúdenme! —gritó Carol.

Súbitamente su asaltante la empujó, apartándola de sí. Carol tropezó, giró por los aires y acabó en el suelo boca abajo.

Contuvo el aliento, esperando a que él la agrediera. Pero en lugar de ello oyó ruidos de lucha y cuando se volvió, vio a un hombre mayor, de al menos sesenta años, tratando de quitarle de encima a su agresor.

Carol se puso en pie y comenzó a gritar y a mover las manos frenéticamente con la esperanza de llamar la atención de alguno de los conductores de los numerosos coches que abarrotaban el puente sobre sus cabezas. Pero el muelle estaba tan mal iluminado, que era imposible que la vieran, y el ruido del tráfico ahogaba sus gritos.

El hombre mayor no era rival para un agresor tan joven y corpulento. Tenía que ayudarlo. Carol le dio un puñetazo en la espalda al asaltante, y después comenzó a golpearlo una y otra vez con el bolso en la cabeza. Estaban luchando los tres cuando, de pronto, ella oyó al hombre mayor soltar un grito y tambalearse.

Carol se quedó helada. Dio unos cuantos pasos atrás. En medio de aquel escalofriante silencio, el hombre que se había presentado a sí mismo en el café con el nombre de André sostuvo al otro de pie, inclinó su cabeza hacia atrás y descubrió su cuello. El rostro de André, pálido y de expresión intensa, pareció surgir de entre la oscuridad. Cuando abrió la boca, un rayo de luz brilló, reflejándose en sus largos dientes incisivos.

De pronto sus labios se abalanzaron sobre aquel cuello desnudo en un beso que resultó casi erótico. Y, justo en ese instante, sus ojos se fijaron intensamente en los de Carol. Era como si un rayo láser los conectara. Ella no podía apartar la vista.

Instintivamente Carol cerró los ojos, pero estaba tan hipnotizada por los sonidos de succión y tan aterrorizada, que era incapaz de moverse. Su instinto de supervivencia, no obstante, debió alertarse por fin, porque fue consciente de que daba un paso atrás.

Cuando por fin se encontró a la suficiente distancia como para sentirse relativamente a salvo, se giró y echó a correr hacia la calle.

—Mademoiselle Robins, descríbame otra vez a su asaltante, si no le importa —rogó el inspector LePage mientras, con un movimiento automático, alargaba ágilmente un brazo para alcanzar un bloc de notas.

Habían transcurrido dos horas desde el asesinato, y durante ese lapso de tiempo se habían encendido las farolas de la ciudad, la policía había examinado y fotografiado el cadáver desde todos los ángulos, el área del crimen se había ido llenando de policías, periodistas y curiosos, y Carol había respondido al menos diez veces a la misma pregunta. Su estado de ánimo había ido oscilado entre el miedo y la tristeza, pasando por la depresión, hasta acabar apoderándose de ella un ensordecedor e insensible aturdimiento.

—Escuche, le he contado qué aspecto tenía y lo que ocurrió. ¿Puedo volver ya al hotel? Estoy destrozada.

—Una vez más, *mademoiselle*.

Carol suspiró. Tenía los nervios de punta. Y no solo por el hecho de haber estado a punto de morir. Aquel hombre estaba muerto, y ella seguía viva solo por eso. Sospechaba que el sentimiento de culpabilidad la perseguiría durante mucho tiempo, junto con la imagen del bestial asesino. No obstante, en ese momento solo quería volver al hotel y estar sola.

—Era alto, debía medir casi dos metros, cuerpo atlético. Cabello negro, canoso en las sienes, ojos grises. Tez pálida.

Dientes largos. Llevaba chaqueta y pantalón oscuros... de cuero. Camisa oscura y zapatos caros. Ya sabe, todo a la última moda. Calculo que debía de tener unos diez años más que yo, quizá treinta y cinco o treinta y siete, y hablaba francés e inglés. Me dijo que se llamaba André.

—¿Algún rasgo en particular a destacar?

—Ya le he dicho que no le presté demasiada atención.

—Pero estuvo sentada con él quince minutos en un café, ¿no?

—Más bien cinco. Y ya se lo he dicho, estaba leyendo. Le dejé que se sentara en mi mesa porque no había más sitio.

El inspector, bajito, corpulento y vestido con una chaqueta desastrosa, siguió tomando notas y fumando un cigarrillo detrás de otro. Carol tenía la sensación de que aquello no le importaba lo más mínimo, de que tomaba notas de una manera puramente rutinaria, porque era su obligación. No la estaba tomando muy en serio.

—¿Y por qué salió sola, de paseo, tan tarde?

—No podía dormir. Hacía una noche muy agradable.

—¿Suele salir a pasear sola de noche?

—A veces.

—¿Por muelles peligrosos?

—No sabía que era peligroso, se supone que es una ciudad segura. O, al menos, eso me dijeron durante la visita guiada.

—Dígame, mademoiselle Robins, ¿a qué ha venido a Burdeos?  
—continuó preguntando el inspector, impaciente.

Carol se movió inquieta en la silla. No tenía intención de contarle su vida.

—Estoy de vacaciones.

—¿En esta época del año? Casi todos los turistas vienen en verano, cuando hace buen tiempo, o en otoño, durante la recogida de la uva.

—El vino no me vuelve loca.

—¿Y vio a ese hombre llamado André asaltar al *fiambre*?  
—siguió preguntando el inspector, suspirando.

—Sí, ya se lo he contado. Se inclinó sobre el hombre mayor, le hizo echar la cabeza atrás, quizá le rompiera la nuca o la espina dorsal, y entonces...

—¿Se da cuenta, *mademoiselle*, de la fuerza que hay que tener para romperle la espina dorsal a una persona solo con las manos?

—Me doy cuenta. Estaba oscuro. Le estoy contando lo que recuerdo.

—Siga.

—Y entonces, el hombre, el «fiambre» como usted lo llama, se quedó mudo.

—¿Es que había hablado justo antes de echar la cabeza atrás?

—No... No estoy segura. Fue todo tan rápido... Creo que para entonces estaba muerto.

—¿Y si le digo que ni el cuello ni la espina dorsal del fiambre están rotos?

Carol se quedó mirando al inspector por unos segundos, y luego contestó:

—No he dicho que se los rompiera, he dicho solo que quizá lo hiciera.

El policía suspiró y se pasó una mano nerviosamente por los cabellos mientras Carol añadía:

—Entonces el asesino abrió la boca y mordió al fiambre en el cuello, como si fuera un animal, sin dejar de mirarme durante todo el tiempo.

Solo de recordarlo se echaba a temblar. El inspector dejó el bloc de notas.

—Dígame, *mademoiselle*, ¿ha ido últimamente al cine?

—¿Adónde quiere ir a parar, inspector?

—Solo me preguntaba si ha visto alguna película últimamente. Du cinéma fantastique, por ejemplo.

—Mire, ya sé que suena a Drácula, pero es lo que vi. No voy a mentir. Lo vi morder al hombre mayor en el cuello. De eso estoy segura. No sé si le sacó sangre o qué. Yo solo sé lo que le digo.

El inspector LePage volvió a suspirar, metió el bloc de notas dentro del bolsillo de su chaqueta y encendió otro cigarrillo que, inmediatamente, tiró al suelo y pisó con el pie. Luego, con un gesto casi de cansancio, la agarró del brazo y añadió:

—Muy bien, *mademoiselle*. Uno de mis agentes la acompañará a su hotel. Por supuesto, no debe abandonar la ciudad. Tendrá que

volver a comisaría para firmar la declaración. Y puede que tenga que hacerle más preguntas.

El inspector la guió hasta un coche de policía y le abrió la puerta. Y mientras ella entraba, añadió:

—¡Ah!, y una advertencia. El asesino la conoce, así que puede que esté en peligro. Voy a poner un policía muy cerca de usted.

—Quiere decir que estoy bajo vigilancia.

—Es para su protección. Y, por favor, *mademoiselle*, no vuelva a salir de paseo sola por la noche.

El inspector cerró la puerta del coche y el conductor arrancó.

Al día siguiente la Policía volvió a interrogar a Carol para aclarar ciertos detalles. Se presentaron en persona en el hotel, y luego la llamaron varias veces por teléfono. El inspector LePage, en particular, parecía cada vez más escéptico y deseoso de olvidar el caso. La mantenía en la ignorancia, le hacía miles de preguntas y en cambio no contestaba a casi ninguna de las que hacía ella. Admitió, sin embargo, que el informe de la autopsia no era concluyente y que no habían detenido a ningún sospechoso. Carol no habló con nadie más, aparte de la Policía.

El suceso la había dejado helada. Aquella noche soñó con un lobo enorme, con la cara del asesino, listo para agredirla, con las fauces abiertas chorreando sangre. Se despertó bañada en sudor y con el corazón latiendo a toda prisa. No se atrevió siquiera a salir a la calle hasta casi las diez de la noche.

—Necesito un taxi —le dijo al portero del Royal Medoc.

Mientras esperaba, Carol miró a su alrededor. Había un hombre bajito, fumando un cigarrillo, apoyado en una farola a medio camino calle abajo. Miró en la dirección de Carol, pero fingió no verla. Evidentemente se trataba del policía que la vigilaba. *Menu-do desastre*, pensó Carol.

Una vez en el taxi, ordenó al conductor, aunque con gran dificultad, que la llevara a St. James, un pequeño restaurante al otro lado del Garona, en los alrededores de Bouliac. Había cenado allí la primera noche, nada más llegar a Burdeos. La comida era buena, cara, pero *prix fixe*, y el ambiente resultaba encantador.



Además, sentía la necesidad de salir del hotel, aunque solo fuera para cenar. Tomar un taxi parecía una opción segura. Y tomaría otro a la vuelta, así que no tenía por qué preocuparse.

El *maître* sentó a Carol cerca de la chimenea, junto a una ventana. Solo había dos mesas más ocupadas, ambas por parejas. El restaurante, en las afueras de la ciudad, estaba situado sobre una colina con impresionantes vistas. Las luces de las casas parpadeaban ante ella, como las líneas de luz de color rojo y ámbar de los coches que circulaban por las principales arterias. Dentro del restaurante, cálidas bombillas incandescentes resaltaban la madera de nogal de los muebles y las tapicerías color violeta. El fuego de la chimenea esparcía una reconfortante luminosidad y la calentaba; aquella noche, sorprendentemente, había refrescado.

Carol comió despacio, saboreando cada plato. Estaba encantada de haber salido del hotel. Sin embargo, seguía inquieta, recordando el suceso primero y después, retrocediendo aún más en el tiempo hasta el momento en que Rob y ella se conocieron.

Todo había sido tan distinto al principio... pensó. Ella era más joven, aunque en realidad solo habían pasado unos pocos años, pero decididamente sí era más ingenua. Rob era el tipo de chico por el que ella siempre se había sentido atraída: rubio, guapo, con cara de niño, una brillante sonrisa, tez morena, atlético, y con una estupenda carrera profesional por delante. Recordaba incluso haber pensado que parecía recién salido de las páginas de la *GQ*.

Los dos procedían de familias de clase media, típicamente americanas. Se habían conocido durante la noche del estreno de un teatro de aficionados de Filadelfia. Él entonces era editor sénior de una revista de Filadelfia, y ella estaba terminando sus estudios de Derecho en la Universidad de Pensilvania. Sin duda, todo demasiado convencional.

El camarero se acercó a servirle agua. Sonreía. Carol bajó la vista hacia su *coq au vin*.

La boda se había celebrado tres meses después. Compraron una casa en el mismo centro de la ciudad, la zona más de moda: la Ciudad del Amor Eterno. Carol consiguió un empleo en un pequeño bufete de abogados, y mientras tanto se preparaba para salvar el último obstáculo: los exámenes. La alta posición de Rob

y su abultada cuenta corriente les permitía llevar un tren de vida envidiable. A menudo viajaban al extranjero por vacaciones, y por las noches siempre estaban ocupados con amigos, fiestas o acontecimientos culturales. Rob se compró un Mac y comenzó a dedicar su tiempo libre a escribir «la gran obra de teatro americana», como le gustaba llamarla, bromeando. Carol siguió diseñando y confeccionando trajes para el teatro y ayudando en cuanto podía, e incluso tomó una serie de clases de interpretación; era la primera vez, desde la época del colegio, en que se dedicaba a aquello que más amaba: actuar. Todo era perfecto, hasta que ella encontró la carta.

Carol sabía que Rob la había escondido, pero siempre le quedaría la sospecha de que, quizá, inconscientemente, él deseara que la encontrara. La carta iba dirigida a Phillip, el mejor amigo de Rob y el más antiguo amigo de los que conservaba Carol en la ciudad. Antes de casarse, Rob le había contado que había sido bisexual. Bien, eso podía aceptarlo. Él había cambiado. Pero, por su forma de escribir acerca de sus sentimientos en aquella carta, era evidente que la aventura entre ellos dos, que había comenzado mucho antes de que Carol conociera a Rob, no solo había continuado, sino que, además, a lo largo de todo su matrimonio, él había tenido numerosos amantes de los dos sexos. Rob le juraba a Phillip que en ese momento sí le era fiel. Y le pedía que tuviera paciencia, porque estaba buscando el momento adecuado para pedirle el divorcio a Carol del modo menos doloroso posible.

Entonces comenzaron las acusaciones, las lágrimas, las discusiones, las recriminaciones de ella y las disculpas de él, los ruegos mutuos y los dolorosos rechazos. Y por último, la terrible verdad: Rob había contraído el sida de una mujer que escribía en la revista en la que trabajaba; una de sus muchas aventuras. Y se lo había contagiado a Phillip. Phillip había dado positivo en la prueba en tres ocasiones: ambos eran portadores del virus. Rob acababa de descubrirlo.

Carol estaba desolada. En su estupor, tuvo que obligarse a sí misma a hacerse la prueba. Dio negativo. Entonces la repitió una segunda vez. Negativo. Aquellos resultados parecían el fruto de la mano de Dios. Le producía pavor repetir la prueba por tercera

vez. ¿Para qué?, se preguntaba. Antes o después la enfermedad acabaría por declararse. En la clínica le aseguraron que no había ninguna razón para darlo por supuesto. Cabía la posibilidad de que no hubiera sido infectada. Pero Carol investigaba y leía mucho acerca del tema: lo más probable era que Rob hubiera infectado a todas las personas con las que había mantenido relaciones sexuales. Las esperanzadoras palabras de los empleados del hospital no la tranquilizaron en absoluto. Pero, por otro lado, no estaba preparada para enfrentarse a un resultado positivo en una tercera prueba; sabía que jamás podría vivir sabiendo que estaba enferma.

Aunque el divorcio había sido un proceso relativamente simple, no dejaba de ser un trago difícil. El caso lo llevó un abogado del bufete donde trabajaba, que la sacó del atolladero con rapidez. Exactamente lo que deseaba. La desgarraba un cúmulo de sentimientos dispares, ansiaba terminar con aquella angustia cuanto antes.

El camarero le retiró el plato. Carol decidió no tomar postre y pasar directamente al café y la copa de licor. Quedaba solo una mesa ocupada aparte de la suya.

Carol siguió viviendo en el piso del centro de la ciudad durante un año, aunque sola. Comía platos congelados precocinados, veía mucha televisión, trabajaba en un puesto temporal en una oficina y poco más. Suspendió los exámenes... dos veces. Dejó de ir a las clases de interpretación, y cortó su relación con el teatro. Poco a poco fue perdiendo también a los amigos, pero eso no le importó. Enseguida se acostumbró a estar sola, lo prefería. Y en las escasas ocasiones en que alguien trataba de emparejarla con una cita a ciegas, ponía una excusa.

El dolor había comenzado a hacerse tan habitual que, por suerte, pronto se transformó en una sensación de aturdimiento constante. Bien, era lo mejor, pensaba Carol.

El camarero le llevó la cuenta mientras ella daba sorbos de licor. Carol contó los francos despacio. No sabía si la propina estaba incluida, así que añadió otro billete.

Fue un mero impulso lo que la llevó a abandonar su empleo. Rob la había dejado en una situación económica más que

razonable. Vendió la casa, el coche y todo lo demás, y decidió viajar. Con un poco de cuidado ese dinero le duraría al menos tres años. No tenía ni idea de qué iba a hacer después, pero tampoco le importaba. Simplemente quería alejarse de todo y buscar una nueva razón para vivir, algo que la inspirara. Se había engañado a sí misma. Mirándolo en retrospectiva, su matrimonio no había sido más que una farsa. Los dos habían interpretado un papel, y no lo habían hecho mal, pero tampoco lo habían hecho desde el fondo del corazón, así que no le quedaba más remedio que vivir con las consecuencias. Y eso la inducía a cuestionarse todo lo demás, a cuestionárselo todo. Resultaba irónico, se dijo. Siempre había tratado de ser una persona sincera, de hacer las cosas bien. ¿Por qué, sin embargo, sentía que toda su vida había sido una terrible pérdida de tiempo?

Había leído que, aunque en la tercera prueba del sida el resultado fuera positivo, ser portador del virus no significaba necesariamente que se fuera a desarrollar la enfermedad. Sin embargo, los porcentajes de casos en sentido contrario que se publicaban en las estadísticas aumentaban de día en día. Hasta ese momento no había tenido ningún síntoma, así que aún quedaba esa posibilidad. Pero justo antes de que Rob abandonara a Phillip, su ex marido la llamó por teléfono para decirle que le habían diagnosticado un sarcoma de Kaposi. La noticia la había dejado helada, la había puesto furiosa, la había deprimido tanto por sí misma como por Phillip y por toda la cadena de personas que habían mantenido relaciones con Rob. Aquello era una pesadilla sin fin. No lamentaba que esa vida hubiera terminado para ella, pero tampoco tenía una vida nueva con que sustituirla. Y, a su parecer, las posibilidades eran escasas.

Había terminado la cena y había pagado la cuenta. Carol terminó la copa de Cointreau. Fue la última clienta en abandonar el restaurante. No había razón para permanecer más tiempo allí.

Fuera soplaban un viento frío. Carol se cerró la chaqueta. Pasaban pocos coches por la calle, y taxis menos aún. Se le ocurrió volver a entrar en el restaurante para llamar a uno por teléfono,

pero entonces las luces se apagaron. Carol se asomó a través de las cortinas de encaje, pero no vio a nadie.

La calle principal estaba a una manzana de distancia y sin duda, el policía que le habían asignado seguía de vigilancia.

Carol se dirigió calle abajo hacia la zona mejor iluminada. Pero antes de llegar a la esquina, oyó un coche tras ella. Era un taxi. Le hizo una señal con la mano y el conductor paró.

—Al Royal Medoc —ordenó Carol mientras cerraba la puerta.

El conducto se puso en marcha inmediatamente.

Estaba un poco ebria tras una botella casi entera de vino y el licor, así que apoyó la cabeza en el asiento y cerró los ojos. De inmediato se le apareció la imagen de su asaltante. Abrió los ojos brevemente, pero enseguida volvió a cerrarlos.

La Policía no la había tomado en serio. Al menos cuando declaró que había visto al asesino morder en el cuello al hombre mayor. Ni ella misma se lo creía. Parecía sacado de una película de terror. No tenía sentido, y si alguien le hubiera contado un asesinato semejante a ella, habría pensado que estaba bromeando o se había vuelto loco.

Un fuerte olor a tabaco interrumpió sus pensamientos. Carol observó la nuca del conductor y se preguntó si sería el policía que la vigilaba.

Las calles que veía por la ventanilla no le resultaban familiares. Sin duda el taxista había tomado una ruta distinta, menos directa, hacia el hotel. Carol comprobó el taxímetro. Le debía dieciséis francos, y la ida no le había costado más que dieciocho. Era evidente que había tomado un camino más largo para cobrarle más.

—*Pardon* —dijo Carol. El taxista no le hizo caso—. Escuche, quiero que me lleve directamente al hotel. Está junto al *Pont de Pierre, s'il vous plait*.

Él siguió sin responder, y Carol se preguntó si hablaría inglés, porque no cambió de dirección. De hecho, aceleró.

Carol miró a su alrededor. Observó por la ventanilla las luces del centro de la ciudad, en la orilla contraria del río. Y decidió saltar del taxi en cuanto pudiera.

El coche aumentó la velocidad a lo largo de la orilla derecha del río, la carretera estaba escasamente iluminada por farolas a cierta distancia unas de otras. En esa zona había llovido, el suelo estaba mojado, y un olor a ozono impregnaba el ambiente.

Carol no vio ningún otro coche en aquella calle desierta, y tampoco peatones.

—¡Pare el coche!, ¡ahora! ¡Déjeme salir! —gritó Carol.

Pero el conductor no le prestó atención. Ella abrió la puerta. Iban tan deprisa, que sabía que se haría mucho daño si saltaba. Por fin el conductor disminuyó la velocidad.

Carol alzó la vista. Más adelante había una limusina plateada, aparcada junto al río. Y a su lado un hombre alto, de pie.

Aunque no podía verlo con claridad, sabía instintivamente que era el asesino.

Carol se tiró del coche. Cayó al suelo con un golpe seco y soltó un grito. Se había raspado las dos rodillas y la cadera izquierda, pero las heridas no la preocupaban.

De inmediato se puso en pie. El conductor salió del coche y corrió hacia ella, y el asesino también. Carol se quitó los zapatos de tacón de una patada y corrió en la dirección contraria, recorriendo justo el mismo camino que el taxi, pero en sentido opuesto.

El empedrado de la acera estaba resbaladizo, así que optó por correr por la calzada, más áspera.

—¡Ayuda! ¡Que alguien me ayude!

Oía los pasos de una persona tras de sí.

Podía seguir por la orilla del río o cruzar hacia la parte de atrás de los edificios de carga del muelle, internándose entre las estrechas construcciones con aspecto de almacén. Carol tomó una decisión con rapidez. El camino que seguía la orilla del río era largo, y no se sentía con la energía suficiente como para volver corriendo, sin parar, a la zona residencial. Lo mejor era perderse entre los almacenes, donde podría esconderse o quizá, encontrar ayuda.

Subió corriendo una calle pequeña, giró hacia abajo por otra y dobló una esquina, tratando de despistar al agresor haciendo eses. Entonces se paró para recuperar el aliento y escuchar. O bien su

perseguidor se había detenido también, o bien lo había despistado. No quería arriesgarse y cometer un error.

Se deslizó en silencio, pegada a la pared de un edificio de piedra. Un gato pasó cerca y se asustó.

Había una avenida justo delante. Cabía la posibilidad de que encontrara allí un lugar donde esconderse.

Carol caminó despacio, mirando adelante y atrás. Justo antes de torcer en la esquina comprobó que no hubiera nadie en ninguna de las dos direcciones. Respiró profundamente y en silencio. Su aliento salía en forma de vaho. Asomó la cabeza por la esquina. El asesino estaba en la avenida, y se dirigía hacia ella.

Carol retrocedió. Volvió por el mismo camino por donde había llegado, pero, al alcanzar la última manzana antes del muelle, torció a la derecha en lugar de hacerlo a la izquierda, para no tropezar de nuevo con la limusina.

Las calles comenzaban a parecerle todas iguales: era como un laberinto de callejones resbaladizos y grises, mal iluminados, encajonados entre edificios de hacía varios siglos. Le faltaba el aliento, jadeaba, y en su esfuerzo por no perder nada de vista, tropezó con un coche abandonado, se enganchó el pie en un hierro y estuvo a punto de chocar contra un cubo de basura metálico.

No podía oír al asesino, pero sí vio su sombra, una especie de neblina que se confundía con la oscuridad. Y sin embargo, él era de carne y hueso, tan sigiloso como un gato a la caza de su presa, y casi con toda seguridad podía olerla. Estaba jugando con ella, pensó Carol, aterrada ante la idea.

Carol trató de aclarar su mente. Sabía que su única esperanza era salir de aquella zona tan confusa y llegar a una parte de la ciudad en donde hubiera más vida.

Giró en una calle que bajaba en dirección a una especie de patio grande entre los almacenes.

Había una segunda salida a un lado, así que se dirigió hacia allí. Al llegar, sin embargo, se llevó una sorpresa: no era una calle, simplemente uno de los edificios estaba mal alineado con respecto al resto. Se había metido en un *cul de sac*.

Carol retrocedió, pero él se estaba acercando. Miró a su alrededor, desesperada. No había ninguna pared lo suficientemente baja

como para escalarla, ninguna ventana al nivel de la calle que no estuviera tapiada. No había salida. Lo que sí había era una escalera de incendios colgando de un edificio, pero estaba demasiado alta para alcanzarla. A pesar de todo, Carol lo intentó. Saltó, y llegó casi al último escalón. Era inútil. Nadie la rescataría en aquella ocasión.

Carol buscó algún arma a su alrededor. Había unas cuantas piedras en el suelo, muy cerca de ella. Las recogió y se las arrojó una a una, levantándolas por encima de la cabeza. Él las esquivó todas excepto la última, que agarró con el puño.

Por fin él estaba tan cerca que Carol retrocedió hasta quedar contra la pared. Trató de respirar, estaba temblando; él, en cambio, ni siquiera jadeaba.

Carol se deslizó hasta el rincón. Él la siguió, bloqueándole la luz. No había escapatoria en ninguna dirección. Entonces él se acercó; su rostro era delgado, de aspecto cansado y hambriento.

Intuía que sería inútil, pero a pesar de todo trató de escabullirse. Él la empujó hasta aplastarla contra el muro de ladrillo, sin dejar de avanzar.

Pero su instinto de supervivencia no cejaba. Carol lo atacó, poniendo en práctica todos los movimientos que había aprendido a realizar de manera automática en clase de *Wendo*. Luego trató de darle una patada en la ingle, pero la reacción de él fue más rápida de lo que esperaba: atrapó su pierna y se la sujetó, de modo que casi perdió el equilibrio. Carol alzó los puños y trató de golpearle en el plexo solar. Él ni siquiera parpadeó. Antes de que pudiera comprender qué había pasado, él la agarró de ambas muñecas y se las sujetó tras la espalda. Aquel hombre tenía las manos completamente heladas. Presionó su cuerpo contra el de ella hasta inmovilizarla por completo contra la pared.

—Volvemos a encontrarnos —dijo él con voz suave, relajada y confiada, como si todos sus esfuerzos no hubieran servido de nada—. No quisiste decirme tu nombre, pero te llamas Carol, ¿verdad? Carol Robins. Como el pájaro.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó ella con voz trémula, sin dudar ni por un segundo de que él era consciente de su miedo.



—Por la Policía. Supongo que es verdad, a menos que les hayas mentado, ¿eh?

—¿Y por qué iba a decírtelo la Policía a ti? —siguió preguntando Carol tanto por curiosidad como para aplazar el fatídico momento.

—He estado haciendo averiguaciones. Digamos que tengo contactos. —André se inclinó sobre ella y añadió en susurros, a su oído—: Tu sangre ya debería ser mía, Carol.

Sujetó sus muñecas con una sola mano y comenzó a acariciarle el pelo con la otra. Carol ladeó con brusquedad la cabeza y lo miró.

—No juegues conmigo —dijo ella en un tono enfadado, que a él pareció sorprenderle—. Sé de qué eres capaz, así que si vas a matarme, adelante, termina ya.

Sin duda él debió de percibir un coraje que ella no sentía, porque el comentario le hizo vacilar.

—Estoy acostumbrado a que mis víctimas supliquen por su vida. Si vas a hacerlo, es el momento.

—No voy a suplicar. No creo que sirviera de nada.

—Eres intuitiva —afirmó él, al tiempo que la agarraba por la nuca.

A pesar del abundante cabello, Carol podía sentir el frío de su mano, que la hizo estremecerse.

Él la miraba a los ojos, y Carol creyó ver en los de él un ligero atisbo de admiración.

—Tienes algo... —dijo él lentamente—. Eres valiente.

André escrutó su rostro. Carol casi podía oír cómo sopesaba las distintas posibilidades en su mente.

—Hacía mucho tiempo que no tomaba a una mujer. He estado bastante aburrido. Y tú...

Por fin el miedo había dado paso a otros sentimientos. Carol estaba furiosa, amargada. La perseguía la mala suerte, estaba deprimida. Si aquel era el fin de su vida, que fuera rápido. No tenía ningún interés en seguir sufriendo. Estaba harta.

Carol ladeó la cabeza y le clavó los dientes en la muñeca. Él se apartó, horrorizado. Una expresión de completa sorpresa cruzó su rostro por un instante, e inmediatamente después se puso furioso. Pero Carol no perdió el tiempo analizándolo: echó a correr. Sin

embargo, no llegó muy lejos, él la alcanzó. Carol cayó al suelo boca abajo con tal fuerza, que se preguntó si se habría roto el mentón.

Giró la cabeza. Los oídos le zumbaban, pero a pesar de todo le oyó decir:

—¡Si alguien va a morder aquí, ese soy yo!

Entonces él la levantó, la sacó del *cul de sac*, y la arrastró de calle en calle con tanta prisa que fue imposible siquiera luchar. El suelo áspero, lleno de cristales y de porquerías, le arañaba los pies.

Por fin llegaron a la limusina. Él abrió la puerta, la metió dentro y cerró. Carol lo observó marcharse a buen paso a través de la ventanilla de cristales tintados.

Enseguida intentó abrir primero una puerta y luego la otra. Las dos estaban cerradas. Miró a través del cristal que dividía los asientos de delante y detrás, y trató de llamar la atención del conductor. Pero si había alguien allí, no respondió. Entonces tomó el teléfono y comenzó a marcar números, incluyendo el 0 y el 911: no había línea.

Al rato comenzó a calmarse, y entonces fue consciente de cuánto le dolían las heridas de las piernas, los pies, la cadera y la barbilla. Se mordió el labio inferior: sabía a sangre.

Había perdido los zapatos y el bolso con casi todos los documentos de identificación, excepto el pasaporte que se había dejado en el hotel. Llevaba un par de pañuelos de papel en el bolsillo del abrigo. Carol se quitó las medias con manos aún temblorosas; se había destrozado los pies. Se limpió las heridas con saliva lo mejor que pudo y, finalmente, se recostó sobre el respaldo a sopesar sus opciones y esperar.

Poco después se acordó de un papel que había representado en escena una vez. Su actuación había sido corta, se había limitado a una sola escena, pero había recibido una gran ovación. Con un poco de improvisación, sin duda podría volver a representar ese papel.

Carol escuchó un *clic*. La puerta de la derecha se abrió y André subió al coche. Ella se deslizó al extremo opuesto para alejarse todo lo posible de él. Él la miró un momento. A la escasa luz del interior, sus ojos grises brillaban. Su mirada la estremeció.

Por un segundo, mientras él cerraba la puerta, la luz de una farola había incidido justo en su mano. Tenía los dedos delgados, las uñas largas y bien cuidadas, y sus movimientos eran precisos. Carol oyó la puerta delantera abrirse y cerrarse. André cogió el teléfono, marcó tres números y habló en francés. Nada más colgar el coche arrancó.

Él se reclinó cómodamente en el asiento, estiró las piernas y apoyó el brazo izquierdo a lo largo del respaldo. La miró. Y luego hizo un movimiento tan rápido que Carol no pudo reaccionar. La agarró del brazo y la atrajo hacia sí.

Si pensaba matarla, lo habría hecho mucho antes, en el *cul de sac*. Así que quedaba la violación. Había leído que la mejor defensa en ese caso era correr, luchar o, si eso fallaba, cooperar para evitar daños mayores y esperar la ocasión de escapar. Pero no veía el modo de huir del coche. Él parecía sorprendentemente fuerte; si luchaba, lo más probable era que se hiciera más daño aún. Así que de momento, trató de conservar la calma.

Él agarró un mechón de su cabello y la hizo echar la cabeza atrás. El coche avanzaba por una calle iluminada con farolas, creando una secuencia fija de luz y oscuridad. Y cada vez que la

luz entraba por la ventanilla, Carol veía su rostro. Parecía más lleno en ese momento, menos hambriento y salvaje.

André desató el pañuelo de su cuello, le desabrochó el abrigo poco a poco y luego abrió el escote de su vestido, dejando el cuello al descubierto. Ella sintió su corazón acelerarse, estaba muerta de miedo. La mano de él, de pronto tan cálida como antes fría, se deslizó por dentro de su sujetador. Sus dedos acariciaron el pezón izquierdo hasta que se puso erecto.

—¿Cuánto tiempo hace... —se apresuró ella a preguntar— que no estás con una mujer?

Él hizo una pausa antes de contestar:

—Mucho. Demasiado, quizá.

Él la miró de un modo extraño.

—¿Qué vas a hacerme?

Sus labios se curvaron en una maliciosa sonrisa antes de decir:

—Lo que me apetezca, Carol, lo que me apetezca.

André se abalanzó sobre ella y comenzó a besarla en la boca profundamente, clavándola al asiento. Ella estaba muy tensa, pero él la tenía agarrada de tal modo que no podía escapar. Así que Carol se concentró en conservar la calma y prepararse para actuar. Era la única opción.

Carol alzó una mano y rozó su rostro con las puntas de los dedos. Su piel estaba caliente, suave, sedosa. Apartó delicadamente el rostro de André, consciente de que cualquier movimiento brusco daría lugar a una respuesta agresiva. Y, quizá por su modo de hacerlo, él se apartó.

—Quiero hacer un trato contigo —dijo ella, apenas sin aliento.

Él echó la cabeza atrás y comenzó a reír. Las luces delanteras de un coche con el que se cruzaron iluminaron momentáneamente el interior. Los dientes de André reflejaron la luz. Fue solo un segundo, pero Carol se sorprendió al ver lo afilados y largos que eran sus incisivos.

—¿Y qué crees que tienes para ofrecerme? —preguntó él, divertido.

—Mi cuerpo. Tú lo quieres, y yo puedo dártelo.

—Será mío me lo des o no.

—Ya lo sé —contestó ella con un susurro.

André soltó su cabello sin dejar de mirarla. Su expresión era inquisitiva, así que Carol aprovechó la ocasión.

—No creo que te acuerdes de cómo se le hace el amor a una mujer —dijo ella, manteniendo el tono de voz susurrante y sosteniendo su mirada.

Había interpretado esa escena antes o si no era exactamente la misma, una muy similar. Podía improvisar el guión.

Por un segundo él pareció serio, enfadado. Pero de pronto se echó otra vez a reír.

—Tienes agallas, eso desde luego. Va a ser todo un placer acabar contigo.

—Ya sé que tratas de atemorizarme, pero no hace falta. Puedes tenerme sin problemas, te daré permiso.

André tiró de su pelo, forzándola a echar la cabeza atrás.

—Si crees que necesito tu permiso estás muy equivocada.

Carol se propuso mantener la calma. No dejó de mirarlo a los ojos. No era momento para dejarse llevar por el pánico. Sabía que si tenía una sola posibilidad de salvar la vida, cosa de la que no tenía ninguna garantía, era manteniendo el control, interpretando su papel escrupulosamente y no permitiendo que cundiera el pánico. En caso contrario, sin duda él se aprovecharía de su miedo y lo utilizaría en su contra. Era un maestro de la intimidación.

—Lo único que digo es que puedo darte lo que quieres. Los dos sabemos que puedes arrebátarmelo, pero puede que sea más interesante si yo te lo entrego, ¿no te parece?

Él siguió sujetándola del pelo e inclinando el rostro sobre el de ella. Parecía en guardia, imperturbable, lo tenía todo bajo control. Y ella sabía que estaba a un paso de la catástrofe. Tras un instante que le pareció una eternidad, por fin él contestó:

—Oigamos qué me ofreces.

Carol rozó nuevamente su mejilla. Su piel era casi demasiado suave. De no haber sido la situación tan peligrosa, el contorno de su rostro y la textura de su tez habrían podido parecerle fascinantes. Ella peinó sus cabellos con los dedos, y él pareció confuso.

—Puedo entregarme a ti —dijo ella con voz seductora—. Puedo ser cálida y excitante. ¿No te gustaría eso?

—¿Y? —continuó él preguntando muy serio, agarrándole la mano.

—¡Suéltame!

—¿Ahora suplicas?

—No suplico —afirmó ella con voz firme y confiada, disfrazando su miedo—. Se trata de un pacto. Los dos sabemos que eres un fetichista: te gusta la sangre. Pero sangre puedes conseguirla de cualquiera, ¿no? Yo te ofrezco algo más, mejor. Mi sangre no tiene nada de especial, ¿no es así?

—Ninguna sangre tiene nada de especial, pero todas son importantes.

—¿Pretendes decir que te cuesta trabajo conseguirla?

—En absoluto.

—Bien, entonces no es una gran pérdida si no tienes la mía.

Él vaciló, y Carol intuyó que se había anotado un punto a su favor.

—Dime una cosa. Sobre la Policía. Cuando dices que tienes contactos, ¿qué quieres decir exactamente?

Él soltó su cabello y miró al frente.

—Quiero decir exactamente lo que he dicho.

Carol decidió bromear con él, ganar tiempo.

—Hay sangre nueva, caliente en la ciudad, ¿eh? Todo el mundo te conoce y te teme. Pero eres lo suficientemente rico como para que te dejen hacer lo que quieras, ¿verdad? Siempre que a ellos los dejes en paz, claro.

—Por supuesto. Por lo general consigo lo que necesito de los turistas. El hombre del muelle tuvo mala suerte, pero no debió meterse donde no lo llamaban. Fue un accidente; murió de un ataque cardíaco. Según la autopsia no tiene más que una pequeña herida en el cuello, y la Policía cree que se la hizo al caer. En el momento de morir había perdido bastante sangre, pero no una cantidad alarmante —explicó él con una mirada desafiante, como si estuviera retándolo a contradecirlo—. Además, la única testigo parece haber desaparecido.

Carol no creyó una palabra. Estaba temblando. Pero era cierto que nadie la echaría en falta, comprendió. Estaba por completo en su poder. Fingir que no tenía miedo le exigía un enorme esfuerzo.

Habían abandonado la carretera que discurría paralela al río, cruzado el *Pont de Cubzac*, y en ese momento viajaban por una autovía de dos carriles. Una señal de tráfico delante de ellos avisaba: «Soulac-sur-Mer, 90 km». Apenas había tráfico.

—Esta es mi oferta —dijo ella al fin—. Pasaremos la noche juntos, solos tú y yo. En mi hotel.

—Prueba otra vez —dijo él con una sonrisa sarcástica.

—En tu casa, entonces —contestó Carol, tratando de bromear—. ¿O duermes en una cripta?

—Oigamos el resto de la propuesta —dijo André con un gesto de desprecio.

—Bueno, entonces iremos a donde tú quieras. Haré todo lo que quieras sin poner reparos, seré complaciente. Y mañana por la mañana me dejarás irme sin sacarme sangre. Me marcharé de Burdeos inmediatamente, no le contaré nada a nadie, y no volverás a saber nada de mí. Te lo prometo.

Él ladeó la cabeza y la miró incrédulo, como si ella acabara de contarle que había *cyborgs* en la carretera haciendo autoestop. Finalmente dijo:

—Tomaré un poco de tu sangre. Poca cosa, no más de lo que donarías a un banco de sangre. No te afectará, a menos que tú tomes de la mía, cosa que ni remotamente ocurrirá. Es un club selecto, nadie entra sin invitación.

Si le contaba que era posible que tuviera el sida, quizá él se echara atrás. Pero eso acabaría con sus posibilidades de cerrar el trato. Además, le daba vergüenza admitirlo. El hecho de que él se creyera una especie de vampiro resultaba lo suficientemente aterrador como para mantener la boca cerrada. Y no dejar de mirarlo.

Él se cruzó de brazos, y unos segundos después añadió:

—Tu plan tiene dos fallos.

—¿Qué?

—Crees que harás cualquier cosa que te pida sin poner reparos, pero es fácil decir eso ahora. No creo que estés tan dispuesta a hacer ciertas cosas.

—Las haré, sea lo que sea. Te lo prometo.

Él hizo un gesto incrédulo una vez más.

—¿Y el segundo fallo? —preguntó ella.

—El segundo es que una noche no es suficiente.

—¿No te parece un trato justo?

—El problema no es si el trato es justo o no, el problema es lo que yo quiero. ¡Y te aseguro que es lo único que importa!

André se estaba impacientando. Carol sabía que tenía que llevar el asunto con mucha cautela si no quería echarlo todo a perder. Se volvió hacia él, dejando que su pecho derecho le rozara el brazo. Acercó los labios a su oído y puso una mano sobre su pierna. Notaba que estaba excitado a través de la fina tela del pantalón. Carol acarició la prenda con suavidad.

—¿Dos noches?, ¿todo el fin de semana? —preguntó en susurros.

Carol le bajó la cremallera del pantalón y tocó su pene delicadamente con la punta de un solo dedo. Estaba caliente y erecto, la piel era sedosa.

Haciendo un esfuerzo, besó su mejilla y se acercó lentamente a los labios. Los besó también, pero él no respondió. Sin embargo, sí sintió que él le acariciaba el pelo con los dedos. Lamió su labio superior con la punta de la lengua, dibujándolo, y luego volvió al labio inferior, recorriéndolo despacio, con toda la sensualidad con que fue capaz. Él seguía sin responder. No obstante, su pene se iba poniendo cada vez más grande, así que reunió coraje. Su táctica estaba funcionando.

De pronto él le apartó la cara. Parecía furioso.

—¿Qué eres, una prostituta profesional?

Aquello la dejó estupefacta. Las consecuencias de un rechazo podían ser mortales.

—... No —respondió en voz baja, vacilante, asustada y a punto de echarse a llorar de pura frustración.

Hubo un momento de silencio y entonces él añadió:

—Está bien. Has conseguido intrigarme. Dos semanas.

André se abrochó la ropa. La idea de pasar tanto tiempo con él la ponía enferma, pero ¿qué podía hacer, excepto seguir con la comedia hasta encontrar el modo de escapar?

—Te quedarás en mi casa y te entregarás a mí. La palabra clave aquí, Carol, es «complaciente». Dentro de quince noches te dejaré



de vuelta en la ciudad y tú desaparecerás. De inmediato. Puedo hipnotizarte, pero no lo haré; sería demasiado fácil. Además, probablemente estos días serán los más excitantes de tu aburrida y mediocre vida. Y detestaría tener que arrebatártelos. Pero no te hagas ilusiones. Si tratas de escapar o después, si le cuentas a alguien qué o quién soy, te perseguiré hasta acabar contigo. El resto es cosa tuya, depende de tu imaginación.

—¿Y no me sacarás sangre?

—¡De acuerdo!

A treinta kilómetros de la salida a Soulac-sur-Mer el coche dejó la autovía para tomar un camino de grava. Iban en dirección al mar, hacia una enorme casa de piedra. Las luces de la planta baja estaban encendidas, todo parecía brillante, alegre y encantador. Justo antes de que el coche se detuviera André la miró.

—Puedo beber tu sangre sin hacerte daño, ya te lo he dicho, así que, ¿por qué eres tan reacia a dejarme hacerlo?

Carol le dio la espalda y no respondió.